

Porque decían muchos chapetones,
O señores, que dijo Taguato
Del gran ruido de las fundiciones,
La fuerza y el concurso del contrato:
Con las piedras martillan argollones,
Los golpes dellas suenan grande rato;
Es tal en labrar oro la porfia,
Que suena como grande herrería.

Mas Domingo Velazquez, que notaba
Lo que la guía dijo por entero,
Como sabio varón adivinaba
Cuál había de ser el paradero;
Y por no dar pasión disimulaba,
No con simulación de lisonjero,
Sino porque cumplía de presente
Irse también al hilo de la gente.

Yendo pues cada cual dellos ya falto,
No menos de salud que provisiones,
Vinieron a topár con cierto salto
De peñascos y grandes farallones;
Do caían las aguas de mas alto,
Y el ruido causaba confusiones,
Allí se conoció menos prolijo
Aquel Bambune que Taguato dijo.

Porque la duda del quedó bien suelta,
Cerca de no les dar las aguas uso,
Y la navegacion toda resuelta
En se hallar Ordás allí recluso:
Al fin determinó de dar la vuelta,
No menos perdidoso que confuso,
Y en breve tiempo, desde los raudales,
Llegó donde quedaba Gil Gonzalez.

Halló la mayor parte dellos muertos,
La poca gente viva mal dispuesta;
De los amargos, aunque dulces puertos,
Procuró de sacar la que le resta;
Y para los salados mas abiertos
Con toda brevedad se hizo presta;
Y desde entonces, visto que cumplía,
Por Domingo Velazquez se regia.

El cual dijo: «Pues son vuestros intentos
Hallar alguna tierra grandiosa,
Adonde podais dar repartimientos
Que sean de grandeza generosa;
Yo sé, señor, tan inclitos asentamientos,
Que con razon direis ser buena cosa,
Donde podeis fundar pueblos potentes,
Por ser infinidad las destas gentes.

«No hallareis ancon ni seno vaco
De prepotentes pueblos y lugares,
Desde la Trinidad a Cariaco,
Ni desde Cumaná hasta Tagares:
Chichiriviche, valle mas opaco,
Guantar, Maracapaná con sus mares,
Y Neverí, Caycarantal, Atamo,
Provincia cada cual digna de amo.

» Hay Chacopate, hay Cumanagoto,
Piritú, las riberas del Unare,
Pues la fertilidad de Paragoto
Fáltame copia con que la declare:
Potente poblacion de Cherigoto,
Con todo lo que dicen Mompíare;
Sus pueblos, sus culturas, sus labores,
Y aquella gran potencia de señores.

» El feroz y terrible Turperamo,
Y el invencible siempre Barutaima:
El gran Guaramental, el Guayacamo,
Canima, Guaigoto, con Pariaima:
Gotoguaney, Perina, Periamo,
Querequerepe, Canaruma, Guaima,
Sin otros muchos desta circunstancia,
Con cercas de grandísima distancia.

» Aquestos dichos fuertes ó cercados
Tienen señeros para su defensa,
De grosísimos árboles plantados,
Donde la verde rama se condensa:
Unos después de otros ordenados,
Con mas vigor de lo que nadie piensa,
Pues aquel gran grosor que lleva hecho
Tiene de duracion prolijo trecho.

» Otros palenques hay mas estendidos
En muchos destes campos y zavasas,
No de plantas de árboles nacidos,
Como las otras cercas mas ancianas;
Sino de palos muy fortalecidos,
Y cada cual con dos ó tres andanas,
Con las cintas espesas de bejucos,
O corréosas yedras de arcabucos.

» Tienen las mas insignes poblaciones
En unas mesas llanas asentadas,
Debajo de los macos, ó mamones,
Plantados por hileras ordenadas,
Arboles de hermosas proporciones,
Cuyas hojas jamás se ven mudadas;
Su vista da grandísimo contento,
Y el fruto dellos es de gran sustento.

» Por montes, por zavasas, por oteros,
Do quiera que sus pasos hombre guía,
Hierva la gente como hormigueros,
Tanto que no vereis cosa vacía:
Gentiles pescas, grandes cazaderos;
Tierra de bendición, tierra sana;
Hay minas de oro, mantas, y hamacas.
Desde Cojegúa hasta los Caracas.

» Por la costa de quien memoria hago,
Atravesando culmen y eminencia,
De la sierra que tiene nada vago,
Porque poblada es por excelencia,
Damos en Tacarigua, que es un lago
De siete leguas de circunferencia,
Con islas dentro, do los infieles
Tienen jardines, huertas y verjeles.

» Si quereis que sus nombres os declare,
Pues la memoria dellas no se escapa,
Son Patenemo y Aniquipotare,
Ariquibano, Guayos, Tapatapa;
Con otras, que si alguno las hollare,
Podría mejorar su pobre capa
Con el oro que tienen naturales
En joyas y preseas principales.

» Aquesta crecidísima distancia,
Poblada de cristianos, se haría
Un reino de grandísima sustancia,
Dispuesto para toda granjería;
Paréceme negocio de importancia
Y digno de seguirse con porfia;
Si con sus circunstancias es aceto,
En las manos tenemos el efeto.»

La dicha relacion, aunque sumaria,
Al Ordás dió grandísimo contento;
Y así sin responder cosa contraria,
En esto colocó su pensamiento:
Llegó con los navios pues á Paria;
Puso luego por orden el intento,
Sin quitar deste puerto todavía
La guarda de soldados que cumplía.

Estos soldados fueron fidedinos,
En las cosas de guerra muy añejos,
Prestos en los asaltos repentinos
A las agudas armas y consejos;
Y en este nuevo reino son vecinos
Algunos, aunque pocos é ya viejos,
Como Joan de Portillo, cabal hombre,
Joan Fuerte, mas en hecho que en el nombre.

Dispuestos todos pues á la carrera,
Procuró de enviar incontinentemente
Al capitán Alonso de Herrera,
A Diamaima, puerto, con la gente;
Y él quiso caminar por la ribera
Con pocos, que serian como veinte,
Para que todos ellos se embarcasen
Después que en este puerto se juntasen.

Al mar salió Herrera, deseoso
De cumplir fielmente su concierto;
Mas con fuerza de tiempo fortunosos
Nunca pudo tomar el dicho puerto:
Corrió la costa bajo desgustoso,
No hallando reparamo cubierto,
Que Cumaná, do hizo su parada,
Y allí saltó la gente fatigada.

El agua que en Cubagua se bebia
Se llevaba de aquesta pertenencia;
Y á causa de que cuando se cogia
El bárbaro hacia resistencia;
Había fuerza ya, de que tenía
Andrés de Villacorta la tenencia,
Y en esta fortaleza recogida
Gente de guarnicion bien proveida.

Estando pues como de los cabellos,
Deseando huir de sus aprietos,
La gente del Ordás holgó de vellos
Para comunicalles sus secretos;
Y así se rebelaron muchos dellos
Al Herrera, perdiendo los respetos;
Finalmente, que no por buenos modos
Las partes de Cubagua siguen todos.

De muchas quejas hay ardiente fragua
Que formaban los que se vian fuera
De los angostos barcos y del agua,
No menos que forzados de galera:
Prendió luego justicia de Cubagua
Al capitán Alonso de Herrera;
Pero por ser bien quisto de soldados,
Soltáronlo, los impetus pasados.

Llegados á la playa deseada,
Ordás con el consorcio diligente,
Y conociendo todos que el armada
Arribó por aquel inconveniente,
Con boga de piraguas bien guiada
Luego fueron en busca de la gente;
A Cumaná llegó, do saltó luego,
Y acabó de perder todo su juego.

Porque sin proceder por recta via,
Ni sosegar fiel de justo peso,
Pero Ortiz de Matienzo, que regia,
Lo hizo dañador, y hizo lesos:
El cual, por aquel orden que quería,
A Castilla también lo llevo preso,
Y así se perturbó su buen intento
En tierras de tan grande fundamento.

Todos estos disignos estorbaba
Cubagua, por aquellas pretensiones
De los muchos esclavos que sacaba
Destas grandes provincias y regiones;
Y entonces y después abominaba
De quien tenía tales intenciones;
Y como causa fué que se estorbaba,
Tampoco quiso Dios que ella durase.

Yendo pues el Ordás de aquella suerte,
Con tantas ocasiones de tristura,
Enfermedad le dió de mal tan fuerte,
Y de tan poco fruto fué la cura,
Que le llegó la hora de la muerte,
Donde tuvo la mar por sepultura,
Y quien en aguas sepultó sin duelo,
Para se sepultar no tuvo suelo.

Fué cortésano de gentil aviso,
Y en todas buenas partes de belleza;
Quien bien lo conoció dice que quiso
Esmerarse con él naturaleza:
Déle nuestro Señor su paraíso,
Que es la cabal y cierta gentileza,
Y el descanso de vida transitoria,
Que le faltó, le dé Dios en su gloria.

En la parte mayor de sus soldados
Hubo, como ya dije, gran mudanza;
Pero los nobles mas alicionados
No dejaban de estar con esperanza,
Que después de sus pleitos acabados
Había de volver con mas pujanza,
Y como fidelísimos varones
Permanecían en sus aficiones.

Debajo de virtud y de nobleza
Muchos dellos á Paria se volvian
A sustentar aquella fortaleza
Entre tanto que del Ordás sabian;
Y muchos con trabajos y pobreza
Entre los de Cubagua residian,
Entreteniéndose por su partido
Hasta ver y saber lo sucedido.

Estando de la suerte que publico,
Llegó con gente bien aderezada
Sedeño, de San Joan de Puerto-Rico
Para perseverar en su jornada,
Al Ordás publicando por inico
Por la razon atras conmemorada,
Y á su devocion trajo brevemente
Algunos caballeros desta gente.

Porque cierto rumor era venido
Diciendo que el Ordás era ya muerto,
Los unos lo tenían por fingido,
Otros lo publicaban por muy cierto:
Al fin Sedeño fué bien recibido,
De la mas noble gente deste puerto,
Con los cuales pasó mas adelante,
Y luego contaremos lo restante:

ELEGIA X.

Conquista de la isla Trinidad y cosas en ella acontecidas desde su primer gobernador, que fué Antonio Sedeño, hasta que vino Joan Ponce de Leon, natural de San Joan de Puerto-Rico, y nieto del que conquistó aquella isla.

CANTO PRIMERO.

De muchas islas di razon sumaria
Pasándome por ellas por la posta;
Mas ya parece cosa necesaria
Que de tres no la demos muy angosta:
Aquestas nos demoran acia Paria,
Y en aquellos parajes de su costa;
Destas la Trinidad es la primera,
Y así será desde ella mi carrera.

Y pues de Trinidad es el empleo
Y rencuentros en ella sucedidos,
La santa Trinidad en quien bien creo
Alumbre con su lumbré mis sentidos:
Para que cante yo como deseo
Hazañas de varones escogidos,
Las fértiles riberas desta tierra
Y trabajosos trances de la guerra.

Pues en aquella edad y coyuntura
Gasté yo por allí mis ciertos años,
Virtud será poner en escritura
Vitorias de los nuestros, ó sus daños:
Comenzaremos pues por el altura
Y los que son allí sus alejados,
Para que por su parte se concorden
Mis versos, y procedan segun orden.

Está la Trinidad en ocho grados,
La cual sabemos ser así llamada
De los tres altos montes y collados
Que la hicieron ser tan afamada;
Golfo de Paria tiene por sus lados,
Es de bocas del Drago rodeada,
Y de Cubagua dista tal asiento
Cuarenta leguas mas á barlovento.

Es en todos los tiempos y sazones
De muchos alimentos abundosa,
Tiene zavasas, ríos, mar, ancones,
Y en muchas partes selva montuosa:
Son grandes y estendidas poblaciones
De gente por extremo belicosa;
Todos en general de buenos gestos,
Altos, fornidos, sueltos, bien dispuestos.

Por todos los mas meses esta gente
Compite con caribes inhumanos,
De minas apariencia competente
Muestran así las sierras como llanos:
Es esta fértil isla finalmente
Buena para poblarse de cristianos,
Contiene dos provincias singulares
Camucuraos y otros chacomares

La de Camucuroa poseía
El diestro Baucunar, hombre valiente ;
Y á los de Chacomar también regia
Mariñana, cacique prepotente :
Entre estos dos la isla se partía,
Y entrambos la mandaban juntamente ;
Han hasta nuestros tiempos defendido
Los indios con gran fuerza su partido.

Siendo la isla tal cual os enseño
Y aquestos dos señores del estado,
No era la conquista para sueño
Sino para varón de gran cuidado ;
Y así por ser capaz vino Sedeño
Por su gobernador y adelantado,
El cual antes de aquesto que publico
Fué contador real en Puerto-Rico.

Hombre pequeño fué, de buen talante,
De grata condición y generosa ;
Mas en su pretension tan gran gigante
Que tenía lo mas por poca cosa ;
Y así determinó pasar delante
Demandando conquista peligrosa,
La cual el rey le dió, porque sabia
Lo mucho que su fama prometia.

Despachos y poderes todos hechos
Con la conversacion á todos blanda,
Incita voluntades, mueve pechos,
Para venir á esta su demanda :
Previénese de armas y pertrechos,
Congrega capitanes de su banda,
Viñose recta via desde España
Para poder en Paria su compañía.

Puerto de Turpiare se decía,
Cuya gente de indios es tratable,
Con términos de noble hidalguía
Y á nuestros españoles amigable :
Hay á la Trinidad de travesía
Una legua, que es siempre navegable ;
Allí con la posible lijereza
Mandó hacer Sedeño fortaleza.

De gentes y pertrechos principales
En ella recogió lo conveniente,
Quedando por alcaide Joan Gonzalez,
Un hombre para ello suficiente ;
Y con los marineros y otros tales
A Puerto-Rico fué derechamente,
Para ver sus haciendas y ganado
Y revolver mejor aderezado.

De la tierra de Paria ya nombrada
Después de ya Sedeño ser ausente,
Llegó Diego de Ordás con una armada
De quien hemos tratado largamente :
Tomó la fortaleza pertrechada
Y la demás hacienda con la gente ;
De aquí nacieron bandos impacientes
Entre estos capitanes y sus gentes.

Después de mucho tiempo ya pasado
Y trastornadas tierras y naciones,
Al don Diego de Ordás ir fué forzado
A Cubagua con ciertas pretensiones ;
Y apenas á la tierra fué llegado
Cuando le ponen ásperas prisiones ;
Haciéndole probanzas y procesos
Segun pintar quisieron los escesos.

Ser Sedeño la trama deste lienzo
No lo ternia yo por maravilla,
Por ser amigos desde su comienzo
El y los moradores desta villa.
Prendióle Pedro Ortiz el de Matienzo,
Y él mismo lo llevó hasta Castilla ;
Mas antes de llegar al primer puerto
Echaron al Ordás en la mar muerto.

Preso Diego de Ordás, Sedeño vino
Sin esperar á más inconvenientes,
Y su venida fué cuando convino
Por faltar tropezones diferentes :
Hizo por Margarita su camino,
Do recogió soldados escelentes,
Arando va las inquietas aguas
Con ciertas carabelas y piraguas.

Hecha por el armada ya su via
Una piragua queda rezagada,
Aviada por Pedro de Alegria
Con gente valerosa y esforzada ;
La cual con el ola que hacia
Fué de las bravas ondas anegada,
Y de la cantidad de los soldados
Los nueve sumergidos y ahogados.

Martin Yañez Tafur por menos daño
Asióse luego bien de la piragua,
Nadaba por allí Joan de Avendaño,
Martin Lopez batalla con el agua :
Viase Peñalver en el engaño
Con otros seis ó siete de Cubagua ;
Salieron con la fuerza de sus brazos,
Ya de cansados hechos mil pedazos.

O por el arenal ó tierra dura,
Se tienden de cansados y molidos,
Llorando cada cual su desventura
Por verse sin reparo de vestidos ;
Pero de suficiente vestidura
En breve tiempo fueron socorridos,
Y sin tener cabal matalotaje
Tornaron otra vez á su viaje.

Remedian y reparan la piragua
Los dias que estuvieron descansando,
Y á vista de la isla de Cubagua
A tierra firme van atravesando :
Entrábansele grandes golpes de agua
Que sin intermisión van jamurando,
Y con aquel peligro descubierta
Fué Dios servido que tomasen puerto.

Varada la piragua y en Opaco
El Tafur y Avendaño deste cuento
Determinaron ir á Cariaco
Para buscar algun mantenimiento ;
Mas cierto Villagrán, peor que Caco,
Con otros que le van en seguimiento,
Dieron con los restantes que dormian,
Quitándoles lo poco que tenían.

Porque, segun dijimos, estas gentes
Que fueron por allí moro sin dueño,
Eran parcialidades diferentes,
Unos de Ordás, y otros de Sedeño ;
Y así sin mas mirar inconvenientes
Se robaban despiertos, ó con sueño,
Teniendo los peones y jinetes
Cada dia trescientos repiquetes.

Venidos el Tafur y el Avendaño,
Con los otros hicieron sentimiento,
Por haber recibido tanto daño
En tiempo de tan grande corrimiento ;
Y así movidos de furor extraño
Tras el Villagrán fueron al momento,
Porque para cogellos con el lance
No sufría tardar en el alcance.

En todas cosas nada negligentes
En busca dellos van y del armada,
Y estando los que buscan della absentes
Hallaron la piragua deseada,
Cargada de pertrechos suficientes
Y de mantenimientos abastada ;
Mitigaron la hambre y el enojo
Con tomar mejorado su despojo.

Satisfacer la hambre temeraria
Tenian por allí por bien supremo,
Y al Villagrán y á todos los de Paria
Pesóles del negocio por estremo :
Tras ellos mandan ir gente contraria
Porque los ven pasar á vela y remo,
Estotros por huir su perdimiento
Ganaron por sudor el barlovento.

Seyendo pues la barca perseguida
De la gente de Paria ya nombrada,
Vieron los que huían su guarida,
Que fueron los navios del armada :
Sedeño se holgó con su venida,
Pesóle de la nueva desgraciada,
Y los demás trabajos y desmanes
Destos dos principales capitanes.

Dentro de su navio los encierra,
Y allí les hizo dar buena merienda,
Alistan los pertrechos de la guerra
Por ir donde no hay quien mal se venda ;
Llegados á la isla toman tierra,
Y nadie se halló que la defienda,
Mas no por esto tal Sedeño quiso
Que punto se viniese sin aviso.

El campo se veló de buena gana
Estando cada cual apercebido ;
Mas luego como vino la mañana
Oyóse de cornetas gran ruido,
Y gente que cubria la zavana
Con temerosa grita y alarido :
Con tanta furia vienen escuadrones
Que tiemblan los mas fuertes corazones.

Como leones fieros van bramando
Contra los peregrinos navegantes,
Vianse los plumajes ondeando
Y aquellas estaturas de gigantes :
Aguilas en los pechos relumbrando
Que de riqueza muestras son bastantes,
Los arcos entesados á los pechos
Camino de los nuestros van derechos.

Como los vió venir acia la playa
Y descender al llano de la sierra,
Comienza de decir un atalaya :
« Arma, arma, que gentes hay de guerra ;
Y aun es bien menester que esfuerzo haya,
Pues viene sobre nos toda la tierra. »
Causaron estas voces alboroto,
Y no de confusiones muy remoto.

El Antonio Sedeño diligente,
El alboroto viendo repentino,
Vistióse de sus armas prestamente
Sin priesa que causase desatino :
Formó los escuadrones de su gente
Segun le pareció que mas convino,
Sacólos á la gente que venia,
E yendo caminando les decía :

« Señores, estos indios yo sospecho
Que nos vienen á dar tiento de cuenta,
Y tengo por concluso nuestro hecho,
Si desta vez salimos sin afrenta :
Por tanto, cada cual muestre su pecho
Ajeno del temor desta tormenta,
Pues que todos sabemos á la clara
La furia de los indios en qué para. »

Otras animosísimas razones
El Antonio Sedeño les hablaba,
Con que los mas cobardes corazones
A hechos valerosos levantaba ;
También regian estos escuadrones
Martin Yañez Tafur, Suero de Nava,
Peñalver, Martin Lopez y Tinoco,
Y aquel Pero Fernandez el tococo.

No tienen arcabuces los cristianos,
Y falta la carrera del jinete ;
Pero viéndose ya todos cercanos
Cada cual de las partes arremete :
Lléganse piés á piés, manos á manos,
Este y aquel victoria se promete,
Disparan la potente flechería,
Con grita que la isla se hundia.

Las españolas manos prevenidas
Comienzan á herir de las espadas,
Una vida vendiendo por cien vidas
Con grandes y terribles cuchilladas :
Las ropas en la sangre van teñidas,
Las manos ansimismo rubricadas ;
Mas tantos naturales son venidos,
Que no hacian mella los caidos.

Ansí como furor del avenida
Fuera del curso viejo derramada,
Que lleva gran madera recogida
De las riberas verdes despegada ;
Y aquella furia grande concluida
Aquí y allí la veis amontonada,
Dejando con horrruras algun vado
O paso con los troncos ocupado :

Ansí por los caminos mas abiertos,
O do solia ser mas ancha plaza,
Estaba tal rimero de hombres muertos,
Que los guerreros vivos embaraza ;
Encima dellos andan bien espertos
Los arcos, las macanas y la maza,
De tal manera ya, que los soldados
No se pueden mover de fatigados.

Mas el Martin Tafur y el Avendaño,
Con otros cuya fuerza fué notoria,
Hacian por su parte tanto daño,
Que por allí cantaban la victoria ;
Mas acudiendo con furor extraño
Quitóles Baucunar aquella gloria,
El cual hizo con muchos indios diestros
Perder sus vencimientos á los nuestros.

Un poco desviado dél empieza
Con sus cuadrillas á probar la mano
Un hermoso gaudul que en breve pieza
Lo de mayor defensa hizo llano :
Con diademá de oro la cabeza,
Cuyo golpe no deja hueso sano,
Esforzado se muestra y eminente,
Y síguelo gran número de gente.

Con el avilantez desta presencia
Mostraron mas en claro su conceso,
Haciendo mas pesada la pendeñcia,
Poniendo mas temor al mas discreto ;
Hizose la posible resistencia
Por los que se veían en aprieto ;
Y estos, viendo del indio los extremos,
Decían : este cumple que matemós.

Uno, teniendo pues certeza rara,
Previno de ballesta los pertrechos,
Al fin de derribar al que no para
De matar y hacer heroicos hechos ;
Y fué Joan Sanchez, que con una jara,
Lo traspasó por medio de los pechos :
El indio capitán en aquel punto
Cayó con los demás allí difunto.

Aqueste de la vida despedido
No fueron estas gentes tan molestas,
Antes cesó la grita y alarido,
Y el eco de los valles y florestas ;
Echaron luego mano del caido,
Y á porfia lo llevan á sus cuevas :
Tal pena desta muerte recibieron,
Que dejaron los nuestros, y se fueron.

Un contino llorar, un gran ahinco
Al claro percibían los oídos,
Y al sentimiento dellos es propinco
El mal con que los nuestros son punidos ;
Pues eran dellos muertos veinte y cinco
Con otros mas de treinta mal heridos,
Y de mas mal Sedeño les escusa
Pensando ser la guerra ya conclusa.

Entendióse que del furor malino
Aquel rebato fuera lo postrero ;
Pero contrario desto les avino
A causa del difunto caballero :
El cual de Baucunar era sobrino,
Y de sus tierras todas heredero,
Y así juró durar en sus rigores
Hasta sacrificar los matadores.

El campo de los nuestros recogido,
Sedeño les habló con gran cordura,
Velóse de la fuerza del vencido
Por no tener la suya por segura ;
Curáronse las llagas del herido,
Al muerto dió terrena sepultura,
Tuvieron cuantos son en el estancia
Toda la noche grande vigilancia.

No daba resplandor el turbio cielo
A los que por allí vela hacian,
Y así cualquier ruido pequenuelo
Pensaban ser los indios que venian :
Unos y otros duermen con recelo,
Aunque mas cierto es que no dormian,
Y no fueron de balde los temores,
Segun diré después á mis lectores.

CANTO SEGUNDO,

Donde se cuenta cómo los indios revolviéron, y á los nuestros les fué forzado dejar la isla.

El radiante Febo presuroso
Dejaba ya las ondas de Oceano,
Despiden soporifero reposo
Los soñolientos ojos del humano;
El corvo labrador y congojoso
A su justa labor vuelve la mano,
Y todos los indios escuadrones
Acuden á sus altas pretensiones.

Cada cual dellos iba bien armado
Deste crecido número de gente,
Pintáronse de negro y colorado
Desde los bajos piés hasta la frente:
El que es de todos mas acobardado
Pudiera ser tenido por valiente;
Y el fuerte Baucunar que los regia
Dicen que les habló por esta vía:

« Antes que deste puesto nos partamos,
Soldados valerosos y hombres diestros,
Aquí estos sucesos que esperamos
Los dioses no permitan ser siniestros:
Es menester mirar á lo que vamos,
Y cuáles enemigos son los nuestros;
Pues el acometer sin este peso
Parecería ser falta de seso.

» Tambien será razon consideremos,
Antes de efectuar nuestra partida,
Los respetos por donde nos movemos
A nos poner en riesgo de la vida:
Que bien sucederá si los vencemos,
Ó que mal si volvemos de vencida,
Pues todas estas consideraciones
Avivan los mas muertos corazones.

» Entended pues que vamos á la guerra,
Y no por pasatiempos ni placeres,
Sino para morir por nuestra tierra
Defendiendo los hijos y mujeres;
Y para no huir de sierra en sierra
Por no cumplir ajenos pareceres,
Sobresaltados, flacos, sin consuelo
Por cama principal el duro suelo;

» Y porque no murais en granjerías,
Que solo las pensar da grave pena,
Trabajando las noches y los dias
Con sujecion de todo bien ajena:
Do las mas descansadas pasadas
Serán cepos y grillos y cadenas,
Como sabeis muy bien los que por agua
Huisteis algun tiempo de Cubagua.

» Demás desto debéis de parar mientes
A las cosas de nuevo sucedidas
En padres, deudos, hijos y parientes
Que perdieron ayer sus dulces vidas:
Veis huérfanos los niños inocentes,
Viudas mil mujeres y perdidas,
Oís lloros, sollozos y gemidos
Que hieren y lastiman las oídos.

» Por semejante modo yo queria,
Que estas cosas así consideradas,
Considerádeses la valentía
Destas vellosas gentes y barbadas,
Cuán lejos de piedad y cobardía
Ejecutan los golpes sus espadas,
Para que quien temor tuviere dellas
Procure desde luego de no vellas.

» Quien mal sintiere destes pareceres,
Y contra voluntad aquí se halla,
Imaginando que de sus placeres
Hoy podría quedarse del agalla,
Sirva de lo que sirven las mujeres,
Y no procuren ir á la batalla,
Pues si por muchos hemos de ser menos,
Mejor será llevar pocos y buenos.»

Un indezuelo dellos, como suele,
Teniendo las palabras por amargas,
Dijo: « ninguno siento que recele
Esta ferocidad de barbas largas:
Pues con las que yo solo les repele
Entiendo de hacer un par de cargas,
Haremos cuenta ser magíey, que saca
Un indio para hicos de hamaca.»

La vana hinchazon anda barata,
La cual por uno y otro se derrama,
Y á la resolucion de que se trata
Es vil aquel que mete menos llama;
Cada cual dellos echa la bravata
Como galán delante de su dama,
Al que mas mozo es y al menos loco
El mundo todo le parece poco.

Porque ni son primeros ni postreros
En padecer los mismos accidentes:
Iguales eran todos en los fieros,
Y en presunción y punto de valientes;
Partieron pues de solos los arqueros
Dos mil aventajados combatientes
Contra los españoles, cuya cuenta
Eran ciento con mas otros cincuenta.

Vista de Baucunar la grave saña,
Con que su gente va contra la nuestra,
No consintió salir á la campaña
El golpe todo desta gente diestra:
Antes metió los mil en la montaña,
Y de los otros mil hizo la muestra,
Mandándoles que queden embarcados,
Y salgan cuando fueren avisados.

Con este presupuesto se desvía
Estimulado de furor terrible;
Tenian españoles un espía
Que en dar aviso hizo lo posible:
Sedeño recogió su compañía,
Poniéndola por orden conveniente;
Los indios, conociendo ser sentidos,
Dieron acostumbados alaridos.

Aunque vieron el campo bien armado
Con muestra de temores alcabueta,
No hay tigre ni leon encarnizado
Que con tan grandes furias arremeta:
El indio de temores olvidado,
El español á miedo se sujetó;
El impetu fué tal y tan constante,
Que todo lo llevaba por delante.

Como lluvia que baja de ladera,
Causada de grandísima creciente,
Que roba cuanto tiene la ribera,
Y arranca los peñascos juntamente,
Aquí va derribando la acera,
Y por allí la mas segura puente,
Causando tal temor á los humanos,
Que les fallecen fuerzas, piés y manos:

Ansí fué nuestra gente rebatida
En el primer rigor destas contiendas,
La fuerza del estancia va rompida,
Derribados los toldos y las tiendas:
El esperanza ya casi perdida
Con sus petrechos, ropas y haciendas,
Y algunos, compelidos del encuentro,
Entraban por allí la mar adentro.

A voces el Sedeño les decía:
« Furia de indios es, commilitones,
Que como flaca llama se resfria
Si hay ardor en nuestros corazones;
Pero si flojedad y cobardía,
Son mucho mas que tigres y leones,
Y llevan, como es cosa notoria,
Hasta lo mas extremo la victoria.

» Encomendaos á Dios como cristianos,
Y erie sus furores impaciencia,
Porque para quedar vivos y sanos
Es menester briosa diligencia:
Confianza de Dios y de las manos,
Haciendo la posible resistencia,
Pues contra los que corren tan sin freno
No conviene tenellas en el seno.»

Al tibio corazon fueron espuelas
Estas palabras y otras esforzadas:
Embrazan los escudos y rodelas,
Esgrimense las armas afiladas:
Furor y saña van á todas velas,
Teñidas andan todas las espadas,
Los mas flojos andaban diligentes,
Que el miedo y el temor hace valientes.

La furia de los indios los aprieta,
Y los indios son dellos apretados,
Tanto que mucha parte se quieta
Por ver aquí y allí despedazados;
Mas Baucunar, tocando su corneta,
Salieron los que estaban emboscados,
Con tal y tan cruel arremetida,
Que fueron muchos nuestros sin la vida.

Renuévase la grita y alaridos
Con la que de fresco les venia,
Los nuestros de temor son poseídos,
Y cada cual al mar se retraía;
Mas viendo que los llevan ya vencidos
Martin Yañez Tafur los detenía,
Remediaban también estos desmanes
Joan Avendaño y otros capitanes.

Estos, como varones singulares,
Sin dar lugar á revolver la frente,
Buscando los mas cómodos lugares
Donde mejor valerse desta gente,
Tomaron por respaldo los manglares,
Y allí se refirieron fuertemente,
Y á causa de las grandes espesuras
Tenian las espaldas mas seguras.

Con mas seguridad se defendian,
Y flacos y heridos amparaban,
Pues entre tanto que unos competian,
Los otros algun tanto descansaban;
Y los de los navios que esto vian
Los tiros que tenían disparaban,
El daño de los cuales no fué tanto,
Que sirviese de mas que gran espanto.

Mas aunque les causaban desatino
Aquellas balas algo peligrosas,
El bravo pelear era continuo,
Y no cesaban furias belicosas,
Hasta que ya la noche sobrevino,
Haciendo por allí treguas forzósas;
Ansí que les sirvió lo mas oscuro
A nuestros españoles de seguro.

Por no ser de los indios pensamiento
De pelear allí con escurana,
Se despidieron todos con intento
De luego revolver por la mañana;
Mas era diferente sentimiento
El de toda la gente castellana,
Porque de sus difuntos hecha cuenta,
Hallaron ser arriba de cincuenta.

Tomaron pues consejo cuerdate
Diciendo ser inútil esperanza
Querer sobrepajar tan poca gente
Caciques de tan áspera pujanza;
Y como tiempo vieron competente
Salieron del lugar de la matanza,
Y ansí sus marineros convocados
En breve tiempo fueron embarcados.

Todos amedrentados de la rota,
Aunque cubiertos de nocturno manto,
A tierra firme llevan su derrota,
Al puerto que se dice Puerto-Santo;
Dentro del cual surgió la breve flota
No libre de heridas ni de espanto,
Mas voluntad de todos bien ayuna
De volver tentar á la fortuna.

Al Antonio Sedeño todavía
Ningun contraste destes embaraza,
Ni deja reposar su fantasia
Por dar á la jornada mejor traza;
Antojándosele que con porfia
Se suele muchas veces matar caza,
Y no parecer bien en paz ó guerra
Dejarse de poblar aquella tierra.

Viendo que remediar aqueste daño
Agora no podía fácilmente,
Ordenó que el Tafur y el Avendaño
Volviesen á San Joan á hacer gente;
Quedándose él con el demas rebaño
A los tales designos impaciente,
Pues los enfermos y aun la gente suelta
Quisieron con aquestos dar la vuelta.

Con el Joan de Avendaño referido
Se partió quien él quiso que partiese,
Y con la mas gente detenido
Guardó la pretension de su interese;
En mil vacilaciones divertido
Sin atinar á cosa que cumpliese,
Hasta tanto que dió, no como ciego,
En una cosa que diremos luego.

CANTO TERCERO,

Donde se cuenta cómo Antonio Sedeño salió de Puerto-Santo y fue á Paria, donde se concertó con Alonso de Herrera y Agustín Delgado, y revolvió sobre la isla Trinidad; y lo que le aconteció.

Mudan el parecer sabios varones
Y dan la vuelta muchas voluntades,
Y suelen á los fuertes corazones
Domar y domeñar necesidades:
También los bien medidos en razones
Acaban importantes amistades;
Pues la palabra blanda nos concede
Lo que la dura pocas veces puede.

Sedeño fué negocio manifiesto
Estar en estas cosas advertido,
Al cual le convenia hacer esto
Para restauracion de su partido;
Y dél se conoció tal presupuesto
En lo que hizo viéndose perdido,
Que fué sagacidad de su cosecha
Que para sus designios aprovecha.

Sabia residir en esta era
En Turpiar atrás conmemorado,
El capitán Alonso de Herrera,
Varon en mil conquistas señalado:
Era de los de Ordás, y en su bandera
Mandaba buenos Agustín Delgado,
En quien podré decirlos que cabía
Urbanidad, valor y valentía.

Sedeño destes trances bien esperto,
Conociendo ser cosa necesaria,
Quiso hacer con estos su concierto,
Aunque parcialidad era contraria:
Dejó por estas causas este puerto,
Y fué con los navios al de Paria,
Adonde sin haber desembarcado
Reconocieron ir desbaratado.

Estando pues aquestos en espera,
Y no sin el reguardo conviniente,
Tomaron los navios la ribera,
Saltó luego Sedeño con la gente;
El Agustín Delgado y el Herrera
Allí lo recibieron blandamente,
El parabién le dan del bien venido
Y el pésame del daño recibido.

Luego con cortesano cumplimiento
Y con respeto grande fué metido
Adonde le tenian aposento
Segun sus fuerzas pobres prevenido;
Y de su no cabal mantenimiento
Con sana voluntad bien proveido,
Donde todos los dias le servian
Con aquellos regalos que podian.

El con encarecidos cumplimientos
Agradecía tales amistades,
Y con obras, facecias, bellos cuentos
Iba ganándose las voluntades;
Teniales á todos muy contentos
Con palabras y liberalidades,
Por ser de buenas partes una fuente,
Gracioso, liberal y hombre valiente.

Estando pues con esta compañía
Autorizando bien conversaciones,
Alababa la tierra do venia
Por levantar caidos corazones;
Y á vueltas de otras cosas descubria
Sus altas y honrosas pretensiones,
Y al capitán Alonso de Herrera
Dicen que le habló desta manera:

« Algunos de los desta camarada
Me tocan con los labios el oido,
Diciendo que volveis á la jornada
De do Diego de Ordás vino perdido;
Por alguna razon tan mal fundada
Que sobra ya de yerro conocido,
Porque de secos árboles y enjutos
Mal se pueden coger hojas ni frutos.

» Ya no sabeis quién es el Uypare,
Pues que fuistes por él largó viaje,
Y como no hallastes quien declare,
Noticias de seguir en el paraje,
Ni poblacion bastante que repare
La gente con algun matalotaje,
Sino campos prolijos y muy anchos
Y pocos moradores y sin ranchos.

» Sabeis bien los trabajos que pasastes
De toda quietud enajenados;
Sabeis lo muchos hombres que dejastes
De enfermedad y hambre tras pasados;
Y veis que los poquitos que quedastes
Aun hoy estais tullidos y flagados,
Pues no sé yo quién anda tan de veras
Romería que da tales veneras.

» Si pretendéis honores soberanos
Con tierra rica, sana y abastada,
Empresa de los hombres vauquianos
Y no de pocos hombres deseada,
Tal cierto la tenemos entre manos,
Que no puede ser mas acomodada,
Y aquella llamo yo buena conquista
Que tiene sus grandezas á la vista.

» Pues si para moveros es bastante
El interese ya de cosa cierta,
De qué sirve pasar mas adelante
Teniendo las riquezas á la puerta?
Y mas en coyuntura semejante
Que para mucho bien teneis abierta,
Sin andar engolfados los deseos
En otros circuitos y rodeos.

» A vuestra lealtad echais el sello,
Pero teneisla con quien sé de cierto
Que podeis descuidaros de no vello
Para siempre jamás en este puerto;
Pues tengo cartas yo de Joan Cabello
Y de Niebla, que dicen ya ser muerto;
Y así vuestra jornada es tan incierta
Cuanto sin muerte dél estaba muerta.

» La mia ya la veis mas á la mano
Y sé que no será de las peores,
Es su gobernador un hombre llano
Fuera de vaciadizos pundonores:
Tiene socorro siempre muy cercano
Para poder llamar conquistadores,
Pues de las islas todas brevemente
Puede venir gran número de gente.

» Sé que no seguirá vano partido.
Cualquiera que de mí se satisfice,
Ni debe recelar algun olvido
En gratificacion quien me complace;
Pues nunca supe ser desconocido
A la merced y bien que se me hace:
Sufrid que mis costumbres os alabe
Pues cada cual de vos muy bien la sabe.

» Pues que de lo que digo que haria
Alguna vez he dado clara muestra,
Agora tanto mas y mas seria
Cuanto mas la fortuna fuese diestra;
Y pues tal voluntad es esta mia,
Deseo conocer cuál es la vuestra;
Porque si con amor esta se cobra
Volveremos las manos á la obra.»

Oidas las palabras referidas
Y aquellos cumplimientos cortesanos,
Herrera con palabras comedidas
En nombre de sus hombres vauquianos
Dijo: « por las mercedes ofrecidas
Besamos vuestras muy ilustres manos,
Y ese decir y obrar tan manifiesto
En obligacion grande nos ha puesto.

» Y es así que tenemos todos gana
De reiterar nuestro descubrimiento:
Es dura pretension, mas no tan vana
Que no tenga su cierto fundamento;
Pues las cosas que dicen de Guayana
Avivan y confirman tal intento,
Y así no me parece ser discreto
Quien no quiere saber este secreto.

» Y no descomponrá nuestro partido
Lo que vuestra merced aqui decia,
El don Diego de Ordás ser fallecido,
Pues al gobierno mismo que él tenia
Jerónimo de Ortal fué proveido,
Y viene con potente compañía,
Teniéndome, según soy informado,
Por maese de campo señalado.

» Y así sin perjuicio de terceros
Y el amistad ya dicha reservada,
Yo quiero con aquestos caballeros
Ir con vuestra merced esta jornada;
Pero si llegan nuestros compañeros
Hémonos de juntar con el armada:
La puerta para ello se nos abra,
Pues para mas no doy esta palabra.»

Sedeño lo abrazó, y enarecía
Su bondad y respuesta comedida,
Y por los medios que mejor podia
El orden le encargó de la partida:
Reconociendo ser la compañía
De sus ofrecimientos convenciada;
Luego Herrera como mas esperto
Mandó poner las cosas en concierto.

A sus gentes mandó hacerse prestas,
Aderezar las armas olvidadas,
Hacer tiros y cuerdas de ballestas,
Limpiarse y afilarse las espadas,
Dar orden en poner trémulas crestas
En cascos, morriones y celadas,
Como poner los sayos estofados
Y los otros pertreehos mas usados.

Recoge los navios que tenia,
Manda limpiarlos, yellos y lastrillos,
Despálmalos con sebo, y otro dia
Embarcan el bagaje y los caballos;
Recógese también la compañía
De los que en guerras tienen hechos callos,
Y para perfecciones del intento
Las velas todas dan al manso viento.

A la isla la proa se conierte,
Y como fuese breve la carrera,
Llegaron en dos horas desta suerte
Hasta poder saltar en la ribera;
Y para se valer en algun fuerte
Comienzan luego de cortar madera:
Sonaban por el valle á todas horas
Los golpes de las hachas cortadoras.

Mas todos recelando los asaltos
Las armas y las manos tienen prestas,
Y así de diligencia nada faltos
Unos velan caminos de florestas,
Otros derriban los troncones altos,
Otros los acarrean á sus cuevas,
Otros cavan el foso señalado,
Otros ponen los palos del cercado.

Andaban con aquel calor y brio
Que suelen los alados animales,
Cuando por las mañanas del estío
Recogen olorosos materiales,
Y entienden en la obra y adobio
De los dulces y pálidos panales,
O hacen la morada que les basta
Para los multiplicos de su casta.

Al tiempo pues que el fuerte se hacia
Con otras necesarias prevenciones,
Entre los indios principes habia
Diversas y contrarias opiniones:
Que el fuerte Baucunar guerra queria,
Y armaba sus guerreros escuadrones;
Y el grave Maruaná, principe manso,
Procura quietud, paz y descanso.

Y así muchos villanos convocados,
Cargólos bien de dones y presentes,
De puercos, de conejos, de venados,
De cazabis y frutas diferentes;
E yendo con él pocos desarmados
Llegaron donde estaban nuestras gentes,
Que viéndolos las armas prevenian
Hasta ver los intentos que traian.

Llegado Maruaná do deseaba
Con pensamientos buenos y leales,
Procuró conocer al que mandaba
Haciendo sus preguntas por señales;
Llamaron una lengua que allí estaba
Soldados y personas principales,
Y con un regocijo no pequeño
Lleváronlo delante del Sedeño.

Con muestra de sinceras voluntades
El bárbaro le hizo reyerencia,
Y dijo: « puesto que mis potestades
Pueden hacer bastante resistencia,
Mas quiero con vosotros amistades
Que procurar sangrienta competencia;
Y serán sin reveses de mal arte
Si hay sinceridad de vuestra parte.

» De aquestas amistades arripiso
Nunca serás por mí ni por mi gente,
Pero querría darte por aviso
Que hay otro de concepto diferente:
Y es este Baucunar, que paz no quiso
Confiado de sí por ser valiente:
El contra las fuerzas de cristianos,
Quiere con gran furor probar las manos.»

Viendo Sedeño tales cumplimientos,
Avisos y promesa tan urbana,
Manifestó por señas su contento
Abrazándolo muy de buena gana:
Dióle de sus polidos ornamentos
De lienzo y de sedas y de grana,
Dióle regalos, vino de Castilla,
El cual él alabó por maravilla.

A todos los demás indios convida,
Y á todos se les hizo grande fiesta,
E ya conclusa toda la comida
Y los calores grandes de la fiesta,
Pidió licencia para su partida,
La cual á su contento tuvo presta,
Dándole por postreras encomiendas
Que Baucunar se deje de contiendas.

Paz le rogaron todos que concierto
Con él y con el mas alborotado;
Oyólo Maruaná de buena suerte
Prometiéndole tener dello cuidado:
Pero Sedeño prosiguió su suerte
Por el orden que tiene señalado,
Porque de lo pasado coligia
Ser harto menester lo que hacia.

En estas coyunturas y sazones,
Y al tiempo de pasar esta carrera,
No faltaban algunos susurrones,
Pestilencia mortal, cruel y fiera,
Que sembraban enojos y pasiones
Entre nuestro Sedeño y el Herrera,
Diciendo que queria ciertamente
Matallo y acogerse con la gente.

Mas el varon, á cuyo llamamiento
Acude sujecion de mucha gente,
Ha de tener razon y fundamento
Y no determinarse fácilmente;
Porque de se mover á cualquier viento
Suele nacer algun inconveniente,
Y vivan tales hombres advertidos
En no dar sin reguardo los oidos.

Sedeño no miró con mucho peso
Aquesta chismeria mal sonante,
Y pareciale falta de seso
Descuidarse de cosa semejante;
Al fin por sí ó por no lo tuvo preso
Con guarda que juzgaba ser bastante;
Pero cesen aquestos desafueros,
Que yo diré después sus paraderos.

CANTO CUARTO,

Donde se cuenta cómo Baucunar hizo llamamiento de capitanes para ir con gran pujanza sobre Antonio Sedeño, y lo que mas aconteció.

Muchas veces ó por la mayor parte
Adquiere la victoria la presteza,
Que el arte militar y duro Marte
No sufre negligencia ni pereza;
Menean indios pues el estandarte
Viendo que se hacia fortaleza,
Por deshacer en esta coyuntura
Lo que por los contrarios se procura.

Así que cuando fuerte se hacia
Y la paz de los nuestros se destierra,
Baucunar el valiente no dormia,
Apercibiéndose para la guerra:
Antes toda su gente recogia
Convocando los llanos y la sierra,
No queriendo quebrar su furia brava,
Puesto que Maruaná se lo rogaba.

Comienza de tocar sus atambores,
Con otros instrumentos que tenia,
Envia pregoneros corredores
Por todas las provincias que regia:
Acuden capitanes y señores,
Cada cual con la gente que podia,
Trajo Guyma trescientos compañeros
Valientes, esforzados y lijeros.

Vino también el diestro Pamacoa,
Y trajo de su parte cuatrocientos,
Espertos en piragua y en canoa,
En guerras de caribes muy sangrientos;
También Diamaná, digno de loa
Por traer diferentes instrumentos,
Aqueste recogió de entre sus gentes
Otros tantos instrutos y valientes.

Utuyaney, de grandes proporciones,
En recoger soldados se desvela,
Y trajo demás de otras municiones
Trescientos cada cual con su rodela;
Amanatey con otros cien varones
Instrutos bien en militar escuela;
Vino Paraguani con otros ciento,
Sin otros capitanes que no cuento.

Podieras ver aquellos campos anchos
Y aquellas fertilisimas zavas,
Pobladas de ramadas y de ranchos,
Invenciones de plumas muy galanas;
Dardos con sus avientos ó con ganchos,
Rodelas, arcos, flechas y macanas,
Pintados rostros, pechos, coyunturas
Con grandes diferencias de pinturas.

Libres están de la pomposa ropa
Y de cubiertas duras el acero,
Do quiera que mireis allí se topa
Macato, chicha, vino mas grosero:
Ugo toma tabaco y otro yopa
Para poder saber lo venidero;
Estaban plazas, calles y caminos
Llenos de hechiceros y adevinos.

Fenecidos aquestos actos tales
Y dado fin á tanta borfachera,
Hicieron ciertas muestras y señales
Con que se sosegó la gente fiera:
El Baucunar llamó los principales,
Y á todos los habló desta manera,
Con alta voz y tales movimientos
Que todos estuvieron muy atentos:

«Pues que todos estais tan bien armados
Y de lo necesario proveidos,
Está claro que ya sois avisados
Del fin para que sois aquí venidos:
Pues es á defender vuestros estados
Y las tierras adonde sois nacidos,
Nuestras mujeres, hijos y parientes
Con las cosas á esto concernientes.

» Cosa de donde daños ó provechos
Podrían redundar á nuestra gente,
Todos debeis de la tomar á pechos,
No con temeridad ni flojamente:
Para tal tiempo son los altos hechos,
Los tiros y los golpes del valiente,
Grandezas y hazañas señaladas,
Los engaños, ardidés y celadas.

» Vuelve nuestro contrario con aumento
De gente que teneis bien en memoria,
Y está claro que vuelve con intento
De morir ó quedar con la victoria;
Pues para reposar trazan asiento
Como si fuese ya suya la gloria,
Sin temores de nuestros hombres buenos
Que della los podrán hacer ajenos.

» Paréceles la isla cosa bella,
Y á su deseo hinche la medida;
Ellos han de morir por poseella
Y no hacer baldía su venida;
Mas á nosotros por echillos della
Conviene sin temor perder la vida;
Pues una vez morir mejor sería
Que morir cien mil veces cada día.

» Que si sois avisados y discretos
Entendereis que quieren muy de veras
Hacernos sus esclavos y sujetos
Para que les hagamos sementeras,
Y á los que no les fuéremos acetos
Sacarnos destas fértiles riberas,
Llevándonos en grillos y cadenas
Por mar á conocer tierras ajenas.

» En sus heredamientos y cortijos
Morireis con trabajos inhumanos,
Apartados los padres de los hijos,
Hermanos de carísimos hermanos:
No cesarán rencillas ni letijos,
Si descansar quisieren vuestras manos,
Y los ciertos descansos y holguras
Habrán de ser en cárceles oscuras.

» Y Maruaná mi dendo no se entiende
Teniendo paz con ellos en su tierra,
Pues con la paz á todos nos ofende
Ansimismo haciendo cruda guerra;
Y el sosiego que dice que pretende
Es el que de sosiego lo destierra,
Como lo podrá ver por esperiencia
Si desta gente crece la potencia.

» El tiene hecha paz con los cristianos,
Y es bien desvariada conjetura,
Pues cuanto piensa mas tenellos llanos
Es tanto cierta mas su desventura;
Y así venir con ellos á las manos
Tengo yo por concordia mas segura,
Conservando lo nuestro por mil modos
Y sobre la defensa morir todos.

» Si contendeis por una vil presea
Y á veces no sin trance riguroso,
Mas debe contender el que pelea
Por la conservacion de su reposo:
Menester es que cada cual lo vea,
Y entienda ser el tiempo trabajoso,
En el cual quien no hace lo que puede
Será mas acertado que se quede.»

Dijo su parecer este tirano
Según á su defensa convenia,
Y el diestro Pamacoa, viejo caño,
Por los merecimientos que tenia,
Para le responder tomó la mano
En nombre desta fiera compañía,
Y con acelerado continente
A Baucunar le dijo lo siguiente:

«Valiente Baucunar, dime, qué día
A tu llamado fuimos perezosos,
O dime si sentiste cobardía
En hombre destes hombres belicosos,
O cuál de nos recela valentía
Ni fuerza de contrarios poderosos;
Bien ves que peleamos de tal suerte
Que nadie tiene miedo de la muerte.

» Y pues la gente ves apercebida
De todos militares ornamentos,
No debe ser en balde la venida,
Ni por algunos vanos cumplimientos:
Aderecémonos á la partida,
Que la tardanza pare descontentos,
Pues como todos vean dó se ceben
Yo sé que cumplirán con lo que deben.

» Allí verás mis canas ya cansadas
Cómo les da color sangre cristiana;
Allí verás mis flechas empleadas
Y el estrago que hace mi macaña:
Verás si deshárato las espadas
De los que son de furia mas lozana,
Verás mi gran vigor y mi postura
Si halla del contrario cosa dura.»

Calló, pero también los compañeros,
Mancebos y de mas graves edades,
Decían y hacían muchos lieros
Con gestos de cien mil bravosidades:
Tiran por alto flechas los archeros,
Comienzan á gritar parcialidades,
Cualquiera capitan donde se halla
A grande furia pide la batalla.

Los brios del ejército guerrero,
Por Baucunar el fuerte conocidos,
Mandó que para el día venidero
Todos ellos estén apercebidos;
Proveyó municiones por entero
A los que conoció desproveidos;
Oyeron el pregon de buena gana,
Y todos esperaban la mañana.

Fué por aquesta via concertado
El áspero recuento que os enseño,
Y no habia punto descuidado
En estos intermedios el Sedeño:
Que como destes indios lastimado
Un continuo velar-era su sueño,
Pues por ser Maruaná en venir prolijo
Mala sospecha tuvo, y así dijo:

«De paz, por ser negocio que conviene,
Teníamos alguna confianza,
Y el indio Maruaná, que la mantiene,
De Baucunar nos dió mala esperanza;
Y pues ha cuatro días que no viene,
Peligro nos promete su tardanza:
Conviene que tengamos vigilancia,
Que no tengo por buena la distancia.

» Conviene que seamos adervinos
Los que tratamos hombres belicosos,
Porque los descuidados desatinos
Acarrean mil trances peligrosos:
Por tanto velen playas y caminos
Por partes y lugares sospechosos;
Poco dormir y recordar temprano,
Y siempre con las armas en la mano.

» No cumple que vivamos sin recelo,
Ni conviene tener antojos vanos,
Pues ya veis que hollais ajeno suelo
Con enemigos ciertos y cercanos:
Socorro no lo hay sino del cielo
Y el que podeis haber de vuestras manos;
Valeros han, mediante Dios, aquestas
Si con las armas anduvieren prestas.

» Los que velaren ya serán doblados
Y tales que sepamos ser varones,
Estén los dos caballos ensillados,
Los frenos penderán de los arzones:
Estén estos lugares escombrados,
No tengan al salir estropezones;
El espada, la lanza, la ballesta,
Conviene á cada cual tenella presta.»

El Agustín Delgado, comedido,
Por todos respondió desta manera:
«Tenga vuestra merced por entendido
Que todo su deber hará cualquiera;
Mas teneis en prisiones detenido
Al capitán Alonso de Herrera,
Que bastará para la isla junta
Segun de hechos vistos se barrunta.

» Mitiguese por tanto vuestra ira
Y dése fin á tantas confusiones,
Pues tengo por falsísima mentira
La fuente do manaron las pasiones;
Que nunca faltaran en el que mira
En dichos de malditos susurrones:
Culpa no consta, y es negocio ciego,
Mande vuestra merced soltallo luego.»

El Antonio Sedeño con voz blanda
Dijo: «Por complacer al buen Delgado,
Aunque el señor Herrera se desmanda,
E yo me siento dél por agraviado,
Hágase lo que vuestra merced manda
Que á mi me pesa ya de lo pasado,
Y he por bien que le quiten las prisiones,
Sin mirar en pasadas turbaciones.»

Soltáronlo, segun mandó Sedeño:
Mas puesto que se vido libertado,
Nunca se libertó del sobreceño
Ni del imaginar verse vengado:
Por ser un hombre turvo, zaháreño,
Aunque valerosísimo soldado,
Eso me da peon que de á caballo:
Con gran razon podemos alaballo.

Por fuerzas, por destrezas ó por maña,
Siempre ganó con sus competidores,
En las conquistas fué de Nueva-España
Uno de los primeros y mejores;
Mas no sufrió su condicion estraña
Estar allí por ciertos sinsabores;
Fué á Castilla con mediana suerte,
Y á las Indias volvió para su muerte.

Era Sedeño hombre delicado,
Pequeño, de briosos movimientos,
Afuerte, generoso, bien criado,
De bien engrandecidos pensamientos:
En todas buenas partes estremado,
Grandes facecias, admirables cuentos,
Un ingenio cabal, vivo, supremo,
Gran hombre de caballo por estremo.

Varon en paz y en guerra muy bastante,
Raro escribano, vario y escelente;
Mas destes dos varones, Dios mediante,
Algun tiempo diré mas largamente.
Volvámonos al ímpetu turbante
Del grande Baucunar y de su gente,
Que con vigor y furibunda gana
Estaban esperando la mañana.

Que puesto que son pocos ó ningunos
Los que no hifoben de beber las pieles,
En semejantes tiempos no son unos,
Ni duermen todos estos infieles;
Antes aquellos todos van ayunos
Que salen á velar por sus cuarteles:
Usaban estos pues destes estremos,
Y lo demás agora lo diremos.

CANTO QUINTO,

Donde se cuenta el rompimiento de la batalla, y de lo que en ella
aconteció.

La noche en que sosiegaban las fatigas
Acababa sus cursos naturales,
Y apriesa revolvía sus cuadrigas
Apolo con sus rayos celestiales,
Cuando las gentes fieras enemigas
Tocaron instrumentos musicales:
Comienza por aquel campo crecido
Un bajo son, un tácito ruido.

Así como volátil ganano
Dentro del colmenar del hombre rico,
En los panales dulces ocupado,
O su generacion y multiplico,
Que hacen un murmurio mal formado:
Otro tal era este, no tan chico,
Pero nada menor el apariencia
De aquel hervor y viva diligencia;

O como si se siente gran ruido
En el mar, cuando calma representa,
Mas el profundo dél es conmovido
Y el arena se muestra turbulenta:
Que entonces es indicio conocido
Venir terribleísima tormenta,
Por ser ruido tal al marinero
Desdichada señal y mal agüero;

Con aqueste rumor se van juntado
Sin nota de pereza ni tardanza:
Aquí y allí vereis aderezando
Las armas de que tienen confianza;
Allega el capitán, los de su bando
Con muy gentil concierto y ordenanza,
Muestranse los gallardos corazones
A su modo con varias invenciones.

Proveída de flechas el aljaba,
Dardos de dura palma van tostados,
Que cada cual coraza traspasaba
Y los mas duros sayos estofados;
Fueron do Baucunar los esperados
Los caciques que tengo señalados,
El cual estaba bien apercebido
Y de españolas armas proveído.

Que de despojos fuertes y galanos
Estaba proveído grandemente,
De las guerras habidas con cristianos
Do dió bastantes muestras de valiente;
Privando de la vida por sus manos
A bien crecido número de gente,
Tenía pues el bárbaro guerrero
Escudo de metal algo lijero.

Un águila de oro mal labrada
Cubre sus duros pechos y salvajes,
La cabeza cubierta con celada
Y en ella superbisimos plumajes,
Pendiente de los hombros un espada,
A las espaldas anchas dos carcajes,
Un arco muy derecho, duro, fuerte,
Pestifero ministro de la muerte.

Porque su proporcion es tan bien hecha
Y la de todas estas gentes fieras,
Que á la robusta verga mas derecha
Hacen juntar enframbas empulgueras;
Y embeberán la mas crecida flecha
Traspasando las armas mas enteras.
Llevaba sus zarcillos, y en el cuello
Un estraño collar digno de vello.

Por admirable orden y concierto
Unas uñas de tigres ensartadas,
Que por sus manos él había muerto
En tierra firme yendo con armadas:
El medio de la una descubierto
Y en oro las raíces engastadas,
Caricuri de oro reluciente,
Lleva de las narices dependiente.

Con tales ornamentos adornado
Se muestra Baucunar, y de mas desto,
De bija colorada va pintado
Piernas, brazos y manos, pechos, gesto:
Como tigre feroz encarnizado
Que para hacer salto va dispuesto;
Tal lo representaba su postura,
Sus aderezos, armas y pintura.

Pamacoa, que no se le escapaba
Con su bien regulada puntería
Ave cífica ni grande que volaba,
Ni ciervo, ni conejo que corria,
Cabeza de pantera se tocaba
Indicio de su grande valentía;
Lleva también por joyas principales
Collar de dientes de indios y animales.

Diamaná, que á golpe de macana
Al bravo jabali deja tendido,
Se puso de pelleja muy galana
De feroz animal no conocido;
Utuyaney, que en luchas siempre gana,
Un cuero de leon lleva vestido,
Cola de tigre lleva por medalla
Para se señalar en la batalla.

También Amanatey, que de lijero
Los mas veloces ciervos alcanzaba,
Un hocico de oso colmenero
Por cima la cabeza levantaba;
Cubria sus espaldas con el cuero,
Y por ellas un oso semejaba:
Arco, flechas, pavés que lo cubria,
Tal que con él hacia puntería.

De diferentes otros animales
Trajo Paraguani las invenciones,
Y acutisimas flechas y mortales,
Porque con dientes van de tiburones:
Puyas de raya, vivos pedernales
Que pasan los tupidos algodones,
Y todos los demas destas conquistas
Llevaban invenciones nunca vistas.

Viérades en el viejo y el moderno
Diferentes colores de plumajes,
Y con sus movimientos y gobierno
Daban temor aquellos fieros trajes:
Caterva parecía del infierno
Que venia haciendo mil visajes,
Tantas macanas, flechas, tantos tiros,
Cuanto no bastará para deciros.

Hicieron desta suerte sus conciertos,
Que pues los nuestros era poca gente,
Fuesen por los manglares encubiertos,
Y diesen en el fuerte de repente;
En tal manera que quedasen muertos.
O ya captivos todos ciento y veinte,
Porque por sus acechos recatados
A todos los tenían bien contados.

Ordena cada cual los de su bando,
Instruidos en sus guerreras mañas
Van sin ningun ruido caminando
Por pasos conocidos de montañas,
Por una y otra parte rodeando
Los españoles ranchos y cabañas:
De tal manera fueron advertidos
Que nunca fueron vistos ni sentidos.

El Baucunar que todos los sujeta
Ansimismo trató con esta gente,
Que al tiempo que tocase su corneta
Acometiesen todos juntamente:
Estaban en la parte mas secreta
Con ánimo cruel, hervor ardiente,
Deseando la seña conocida
Para hacer cruel arremetida.

Bien así como perro detenido
Con trailla venados inquiriendo,
Que si por donde van alguno vido
Antes que lo solteis está gimiendo,
Y de la gran tardanza desabrido
Se está con el orgullo deshaciendo
Hasta tanto que se desembaraça
Y va con brava furia tras la caza;

Representábase desta manera
La bárbara nacion encarnizada,
A la sazón que estaban en espera
De la seña que tienen concertada:
Oyóse la corneta, salen fuera
Con furia jamás vista ni pensada,
Suenan de todas partes alaridos
Y gritas que conmueven los oídos.

No son allí las fuertes armas lerdas,
Ni duermen las edades mas ancianas,
Porque con furia grande tú recuerdas
Marte cruel, las mas antiguas canas:
Sonaban los crujidos de las cuerdas,
Los golpes de los dardos y macanas,
Aquí y allí se hace tal ruido
Que al mas cuerdo sacaba de sentido.

Pamacoa la mar tiene tomada,
Y Guayma va por el siniestro lado,
Diamaná con gente bien armada
La derecha tomó con gran cuidado;
Y todos los demás del emboscada
Tomaron lo mas fuerte del cercado,
De manera que nuestros estandartes
Rodeados están de todas partes.

Así como en los bosques rodeados
De los monteros puestos en paradas,
Do siendo de sabuesos acosados
Buscan los jabalies sus entradas,
E yendo por los saltos mas usados
Hallan las sendas todas ocupadas,
Y viendo cazadores, perros, lanzas,
De su braveza hacen confianzas;

Así de todos estos infieles
Se vieron rodear nuestros cristianos,
Ladrando aquí y allí como lebreles,
O según á los toros los alanos;
Y el librarse de fieras tan crueles
Después de Dios pusieron en sus manos:
Ocurrir á las armas les enseña.
La priesa que les daba la reseña.

Animaba Sedeño sus varones
En estos alborotos tan estrechos,
Diciéndoles: «O mis comillitones,
Vengan á las palabras buenos hechos,
Que en las manos tenemos ocasiones
Para mostrarse bien los bravos pechos,
El fuerte manifieste fortaleza,
Y el flaco saque fuerzas de flaqueza.

» En la necesidad destes extremos
Se hacen las virtudes conocidas,
Y agora se han de dar velas y remos
Sin estar las espadas detenidas;
Pues á todos nos va, como sabemos,
No menos que las honras y las vidas,
A estos perros déseles su pago,
Y haga cada cual lo que yo hago.

» Al que mas se señala derriballo,
Y al que vierdes mejor aderezado,
Porque quien raíz corta, corta tallo;
Y árbol caído, ramo derribado.»
Arremetió; mas hombres de caballo,
Que son Herrera y Agustín Delgado,
Que quisieran salir ni mas ni menos,
Con priesa no topaban con los frenos.

Y todos los demás sin los caballos
Se ponen en defensa de su centro,
Porque los que sabian meneallos
Tardaban en salilles al encuentro;
Y Baucunar con algunos vasallos,
A pesar de los nuestros entró dentro,
Sin para detenellos ser bastante
Cosa que se pusiese por delante.

Como tigre feroz encarnizado,
Por algun tiempo falto de comida,
En alguna vereda reparado
Acechando la caza conocida,
Que viéndola saltó tras el venado
Con aceleracion jamás oída,
Sabido ser el presto movimiento
Su vida, su salud y su sustento;

Así con esta misma lijereza
Esta gente feroz acometía,
Juzgando con razon que en la presteza
Su principal victoria consistía:
Ponia gran temor ver la braveza
Del número de gente que venía,
Aquella gritería tan inmensa
Y habellos ocupado su defensa.

Comienzan á batir lo mas enhiesto
Matando los que vian mas cercanos,
Con grandes vituperios y denuesto
De nuestros españoles y cristianos:
Los cuales muy corridos de ver esto
Vinieron con los indios á las manos,
Y sus rodellas fuertes abrazadas
Comienzan á jugar de las espadas.

El Baucunar debió ser conocido
Por señas de persona bien compuesta,
El Antonio Sedeño que lo vido
Arremetió con él con furia presta;
Pero no le halló mal proveido
En acudirle bien con la respuesta,
Antes al golpear cruel agudo,
Se reparaba bien con el escudo.

Cada cual de los dichos se desvela
En deshacer contrarios embarazos:
Los ojos Baucunar como candela
Dió con toda la fuerza de sus brazos
Al otro tal revés en la rodela,
Que el espada se hizo tres pedazos;
Inclinó las rodillas el Sedeño,
Porque el golpe que dió no fué pequeño.

Mas este no le pudo cortar niervo,
Con las fuerzas allí no ser estrechas;
Empero con temores el protervo
Aquellas armas viendo ya deshechas,
Atrás saltó lijero como ciervo,
Y al arco puso mano y á las flechas,
Y en la rodela dió, pero desvara
La flecha, y á Pretel clavó la cara.

Vereis á Pamacoa, que se emperra
Vertiendo por allí sangre cristiana,
Pues tiene tres tendidos por la tierra
De los terribles golpes de macana:
Y en la mayor presura de la guerra
Topóse con Alonso de Orellana,
Mancebo de valor y fuerza mucha,
Y enciéndose de dos terrible lucha.

Sus armas cada cual desembaraça,
El salto que se da parece vuelo,
Descarga Pamacoa con la maza,
El cuerpo le hurtó nuestro mozouelo;
El otro, que pensó matar la caza,
Rompió con el troncon el duro suelo,
Y á la sazón que el indio se endereza
El mozo le llevó media cabeza.

Todavía con gana de venganza
Acudió con un golpe ya mas tierno,
Y fuera de su vana confianza,
Por le negar la vista su gobierno:
Allí se concluyó su destemplanza,
Y luego fué camino del infierno,
Porque con los demás quedó tendido,
Y aquel que lo mató muy mal herido.

Los que con él vinieron por el puerto,
Vista de Pamacoa la tal muerte,
Huían con pesado desconcierto:
Mas dice Baucunar: «Volved al fuerte.
» Como, porque veais un hombre muerto
Dejais de proseguir tan buena suerte?
Tened, tened, villanos sin vergüenza,
Que ya nuestra victoria se comienza.»

Revuelven por la parte que venian,
Cobrando lo perdido del cercado:
Con gran dificultad se sostenian
Los nuestros por el uno y otro lado;
Pero los dos caballos ya salian,
Y en ellos el Herrera y el Delgado
Rompen, haciendo del contrario bando
Calles de los que van alanceando.

Los nuestros ponen ya sus esperanzas
En estos caballeros esforzados,
Porque pudieras ver grandes matanzas,
Y aquí y allí gaudules derribados:
Empléanse los hierros de las lanzas
En los indios que ven mas señalados;
Mas el Utuyaney, como gigante,
Al Herrera se puso por delante.

La macana cruel enarbolada
Descarga con un golpe tan pesado,
Que puesto que era fuerte la celada,
Algun tanto quedó desatinado;
Mas dióle por el hombro tal lanzada,
Que el hierro le salió por el costado;
Cayó, porque salieron de repente
El ánima y la sangre juntamente.

T. IV.

Rompía por lo mas embarazado
Donde la sangre ya hacia río,
Y en estos intermedios el Delgado
No estaba descuidado ni baldío:
Pues á Guaimá tenía derribado,
Y á Paraguani puso patifrio;
En Amanatey piensa hacer lance,
Pero no le podía dar alcance.

Y es porque lo dotó naturaleza
Demás de gran vigor que poseia,
De tal y tan estraña lijereza,
Que su correr un vuelo parecia;
Y si le va delante, con presteza
A las espaldas luego lo tenia,
Y en ellas mismas, no con brazos manceos,
Le daba tres y cuatro golpes francos.

El Agustín Delgado no lo toca,
Ni puede por do huye perseguido;
Mas una vez volvié con furia loca
A su salvo pensando de herillo:
Acertóle Delgado por la boca,
Y el hierro le pasó del colodrillo;
No le fué menester golpe segundo
Para lo sepultar en el profundo.

Cada cual español en otro tanto
Sus vengadoras manos ocupaba;
Sonaba ya victorioso canto
Por la parte que menos se pensaba:
La cual no se hacia sin espanto
De Baucunar, que bien los animaba;
Y aunque les daba voces por mil modos,
De los caballos van huyendo todos.

Bien como cuando hacen algazara
Las aves en el árbol ó floresta,
Que callan al ruido de la jara,
Ó truenos de arcabuz ó de ballesta;
Y cada cual aquí y allí dispara
De su maná dulce descompuesta,
Inquiriendo la parte mas segura
Por los aires, ó por el espesura;

Así de ver los dos conmemorados
Los que tentaron estos desafíos,
Quedaron de sus gritas olvidados,
Ajenos totalmente de sus bríos;
Y así huían todos derramados
Por montes, por quebradas y por rios,
Porque pensaban ser un cuerpo entero
El del caballo y el del caballero.

Angostas se hacian las carreras
Por do huyen sin orden ni gobierno;
Y como les picaban tan de veras
Con hierro para ellos muy moderno,
Pensaban ser los dos algunas fieras,
Salidas del profundo del infierno,
Porque van de cubiertas reparados
Ellos, y los caballos bien armados.

Huyen edades mozas, huyen canas,
Perdidas de vivir las esperanzas,
Hollado van por arcos y macanas
Aquellos cuyas eran las venganzas:
Rojos están los campos y zafanas,
Teñidas las espadas y las lanzas;
Fué grande, por jamás ver otro tanto,
Para los naturales el espanto.

Tan grandes desatinos ocupaban
Los bárbaros y torpes corazones,
Que los robustos arcos desarmaban
En estas fugitivas confusiones;
Y con las cuerdas dellos se ahorcaban
De las mas bajas ramas y troncones,
No dándoles lugar el sobresalto
Para poder subir á lo mas alto.

Los nuestros, sin temores de desvíos,
Entablaban adentro mas el juego,
Hasta meter los indios en bubios,
A muchos de los cuales ponen fuego,
Por no querer, dejados desvarios,
Rendirse ni de sí hacer entrego,
Antes los mas, á truco de no darse,
Consentían en ellos abrazarse.

7

Si acaso las doncellas ó donceles
De la pajiza casa se salian,
Los padres inhumanos y crüeles
A las ardientes llamas los volvian:
Donde los miserables infieles
Sus vidas con sus hijos consumian,
Sin quererse ninguno dar á vida
De todos cuantos iban de vencida.

Cantada la victoria desta suerte,
Cargados de alimentos y despojos,
Vuelven los españoles á su fuerte,
En placer convertidos los enojos;
Aunque tuvieron pena de la muerte,
Que entonces ocupó cristianos ojos;
Y á quien quisieran dalle sepultura,
Segun aquel lugar y coyuntura.

Mas el feroz Alonso de Herrera,
Aun sus rencores no teniendo frios,
Hallándose señor de la ribera,
Comienza de decir: «aquí los míos»:
Acuden los que sorr de su bandera,
Y toman el mejor de los navios,
Que sobre prevencion y ardid de guerra
Estaba ya con el proiz en tierra.

Tratóse con los suyos, y el concierto
Fué cuando los enojos recontados,
Sobornados grumetes en el puerto,
Que punto no vivian descuidados;
Y agora que el camino ven abierto,
En un momento fueron embarcados;
Al viento velas dan sin saludallos,
Al Sedeño dejando los caballos.

El Antonio Sedeño, que de vellos
Grandisima congoja recebia,
Fué poca parte para detenerlos,
Porque la menos parte lo seguia;
Y así también después se fué tras ellos
Con la poquilla gente que tenia,
La cual ida carisima le cuesta,
Segun entendereis en lo que resta.

CANTO SESTO,

Donde se cuenta cómo Sedeño volvió á Paria con intención de reconciliarse con el Alonso de Herrera, y lo que le aconteció.

Su vida y honra tiene mal segura
Quien hace de contrarios confianza,
Segun de varios casos de ventura
Esperiencia notoria nos alcanza:
De sabios es á buena coyuntura
Del primer parecer hacer mudanza,
Pues dañan confianzas al guerrero,
Y mas cuando se cree de lijero.

Sedeño, como yo soy buen testigo,
Era buen capitán y buen soldado;
Mas era del amigo y enemigo
Demasiadamente confiado:
Agora mas, en procurar abrigo
En enemigo suyo declarado;
Y así todos en estos menesteres
Tenian diferentes pareceres.

Porque después que vió cuánto perdía
Por la revolucion y turbamulta,
Juntó la poca gente que tenia
En las cosas de guerra mas adulta;
Y pareciéndole que convenia,
Entró con todos ellos en consulta;
Y para se llegar á sus respuestas,
Dijo pocas palabras, y son estas:

«Paréceme, señores, grande mella
La que hecho nos han estos hermanos,
De quien siempre terné justa querella,
Por ser tan viles, bajos y villanos;
Y mas en tiempo que gozando della
Dejaron la victoria de las manos,
Y con tan poco riesgo de la vida
Una prosperidad tan conocida.

» Estoy por esta causa tan perplejo,
Que determinacion no me concedo,
Por ver mi perdicion, si aquesto dejo,
Y mucho mas perdido si me quedo:
Muy dudosa mi vuelta si me alejo;
Si fio del contrario tengo miedo,
Y destos pesadimos extremos
No sé, señores míos, cuál tomemos.

» Mas hecha razonable conjetura,
Parece que mi alma persevera
En no perder aquesta coyuntura,
Dejando totalmente la ribera;
Y así tengo por cosa mas segura
El verme con Alonso de Herrera;
Podria ser haber conformidades,
Y socorrer nuestras necesidades.»

Entendidas por ellos las razones
Y el blanco de van todas apuntando,
Contradecian tales intenciones
Su parecer por malo condenando;
Mas él, con eficaces persuasiones,
Los hizo mas sujetos á su mando,
Y así, mala sospecha concebida,
Efetuaron luego su partida.

Puestos en el camino conocido,
A Paria caminaban con presteza;
El capitán Herrera que los vido
Metióse dentro de la fortaleza:
Fingiéndose que estaba mal herido,
Armándose con suma lijereza,
Y mandando también que sus soldados
Estén á punto bien aparejados.

Diciéndoles: «decid que estoy doliente
Cuando vierdes llegar este tirano,
Porque me venga á ver, y en continente
Echalde dos, ó tres, ó cuatro, manó,
Y los demás desarmen á su gente:
Haremos un negocio soberano.»
Llegó Sedeño pues al dicho puerto,
Dado fin á las tramas y concierto.

Salieron no sé cuántos al camino,
Debajo la cautela referida,
Diciendo que Herrera si se vino
Fué por tener una crüel herida,
Y que quedarse fuera desatino,
Por estar en gran riesgo de la vida;
Y como en tal sazón era posible,
No pudo parecelles increíble.

Con un semblante triste, rostro blando,
Mostrando condolerse del suceso,
Entró luego por vello, y en entrando
Usaron con gran furia del esceso:
Y á todos los que trajo de su bando
Desarmaron, segun atrás espreso,
Y al Sedeño, diciéndole baldones,
Hizo poner en ásperas prisiones.

En el fuerté que fué por él labrado
Con guarda de sus armas proveida,
Se vió con cepo, grillos y canado,
Falto de vestiduras y comida;
Y estuvo tanto tiempo maltratado,
Que ya desconfiaba de la vida,
Porque las guardas viles y sangrientas
Le dicen y le hacen mil afrentas.

Por oprobio de sus delicadezas
Y términos galanes y polidos,
Usaban de sucisimas bajezas
En el comer, beber y en los vestidos;
Y tantas y tan viles asperezas,
Que contallas ofenden los oidos;
Su gente, de placeres bien ajena,
Deseaban librallo desta pena.

Tomaron pues á pechos el cuidado
Por modos que jamás fueron sentidos:
Un Antonio Fernandez y un Machado,
Pedro Placeres Gago, Joan de Nidos,
Martin Lopez Perdomo y Alvarado,
Y otros que de mí fueron conocidos;
Y para lo librar desta presura
Esperaban sazón y coyuntura.

Habia pues necesidad urgente
Para se sustentar de vitualla,
Y el Agustín Delgado con la gente
Fueron por las comarcas á buscalla,
Quedándose Herrera solamente
Con dos ó tres soldados de canalla,
Creyendo que bastaba su braveza
A defender aquella fortaleza.

Los otros, con sazón tan deseada,
Rodéanlo con áspero denuedo;
Y como los sintió de mano armada,
Salió con mas furor que decir puedo;
Mas viendo gente tan determinada,
Adentró lo volvió discreto miedo,
Porque como lo vieron salir fuera,
Tras él iban diciendo: «muera, muera.»

Las puertas les cerró; mas no bastaba,
Porque los del Sedeño las batian,
A los de afuera él amenazaba,
Lo mismo los de fuera le hacian:
Finalmente, Herrera preguntaba
Diesen razon de lo que pretendian;
Ellos dicen: «poneros hemos fuego,
Si no soltais al buen Sedeño luego.»

Quieto y apartado de sus fieros
Respondióle Alonso de Herrera:
«Haceislo como buenos caballeros,
Gloria, flor y bondad de nuestra era;
Y pues que son forzosos los terceros,
Prometo como tal de echallo fuera;
Podeis os aquietar, nobles varones,
Que yo voy á quitalle las prisiones.»

Llegado de sus pasos encamina,
Dijo: «mataros quiero, buen Sedeño.»
Respondióle Sedeño muy aina:
«Por cierto vos hareis lance pequeño:
Matar en la prision una gallina,
O un lirón vencido de gran sueño.—
No quiero, respondió, ser homicida,
Antes quiero que vos me deis la vida.»

«Yo vengo con entero pensamiento
De daros libertad liberalmente,
Con que hagais solene juramento
De luego navegar con vuestra gente,
Y me dejar aquí libre y exento,
Sin ser de novedades pretendiente;
Demás desto debéis quedar conmigo
De no me ser amigo ni enemigo.»

Sedeño, con deseo que tenia
De verse doquiera cielo viesse,
Le dijo que haria y juraria
Aquello y mucho mas que le pidiese,
Porque la libertad que prometia
Valia mucho mas que el interese,
Y con ofrecimientos y razones
A él se le quitaron las prisiones.

El Herrera después con sus criados,
Quitada la prision que padecia,
Abrióle la puerta recatados
De la gente leal que lo pedia;
Reciben al Sedeño sus soldados
Con gran contentamiento y alegría;
Y dándole las gracias por sus hechos,
A la mar les mandó fuesen derechos.

Embarcáronse, no sin multiplico
De furiosos vientos y tormenta:
Y fueron á San Joan de Puerto-Rico,
Do Sedeño tenia buena renta:
Otros negocios suyos no replico,
Porque de sus proezas daré cuenta,
Y cómo después hizo grande entrada,
Que en estas partes fué solenizada.

Dejarémoslo pues desta manera,
Al Sedeño do pinta mi cuadrerno,
Y al Agustín Delgado y al Herrera
En Paria, do tuvieron el invierno,
Esperando por horas que viniera
Jerónimo de Ortal con el gobierno,
Del cual el rey le habia proveido
Por muerte del Ordás ya referido.

El cual gobernador después que hubo
Llegado con armada suficiente,
La isla Trinidad también anduvo
Por parte que le fué mas conviniente;
Y en ella con rescates se entretuvo
Por dar mantenimientos á su gente,
La cual, estando toda reformada,
A Neveri hicieron su jornada.

Después á la conquista se presenta
Joan Ponce de Leon, un descendiente
Del otro deste nombre, cuya cuenta
Yo doy en otra parte largamente;
Seria por el año de setenta
Cuando en la Trinidad metió su gente:
No hizo cosa digna de memoria,
Y así no haré dél mayor historia.

Criollo de San Joan que conocemos,
De parte principal ilustre abuelo;
Mas, pues que por agora no sabemos
Otras mas novedades de aquel suelo,
La isla Trinidad aqui dejemos,
Y háganos gozar de la del cielo
Aquella sacrosanta Providencia,
En las personas trino y una esencia.

ELEGIA XI.

A la muerte de Jerónimo de Ortal, segundo gobernador de Paria, donde se cuenta de la segunda entrada que se hizo por el rio Urinoco, con otras muchas cosas que entonces acontecieron.

CANTO PRIMERO.

Entre los demás hilos desta trama,
Que por la costa bajo va tejida,
Jerónimo de Ortal también me llama
A decir el discurso de su vida,
Porque de vista fué, que no por fama,
Su persona de mí bien conocida,
El cual fué natural de Zaragoza,
Y vino con Ordás en edad moza.

Era de Cobos muy favorecido,
El cual en aquel tiempo florecia,
Y por el fin que ya teneis oido
Pidió lo mismo que el Ordás tenia:
A la gobernacion fué proveido,
Segun y por el orden que queria,
Año de treinta y cuatro comenzado
Con el millar y medio ya contado.

Teniendo ya las cédulas reales,
Apercibióse para la jornada,
Nombrando capitanes y oficiales
Por orden y razon acostumbrada;
Y destos hombres hay muy principales.
En este nuevo reino de Granada,
Como Miguel Holguín, en quien hoy día
Se ve virtud, valor y valentia.

Varon en paz y guerra de consejo,
Enemigo de todo desafuero,
Desde su juventud fué sabio viejo,
Cristiano y honoroso caballero;
A los mas virtuosos es parejo,
En todas buenas obras fué primero,
Cultor muy grande del honor divino,
Y socorro del pobre peregrino.

Vino por capitán Luis Lançero,
Varon cabal para cualquier afrenta,
Después en este reino fué guerrero
Que de sus cargos dió muy buena cuenta;
Un Joan de Castro fué su compañero
De placeres que vida descontenta,
Otros también ponemos por historia,
Cuando los ofreciere la memoria.